

Luis González Zenteno

Un milagro en la montaña

(Cuento)



¡A algo se parecía Azucena, era al arco iris. En su belleza cabían todos los colores. Pero no sólo en su belleza física sino en su alma. ¡El alma! ¡El alma! ¡Oh, la, la...! El alma es imponderable, inasible, invisible, y, sin embargo, uno exclama de pronto: “¡Ahí está!” Y es que, en efecto, ha llegado a su gruta, ha tocado su filo, ha aspirado su esencia.

Esto pensaba la gente de Azucena, naturalmente que con distintas palabras.

Vestida con su traje de montar cabalgaba por los campos, y su caballo, “Rubí”, tenía el pelaje rojo, muy semejante a las manzanas de ese color. Seguramente vosotros objetaréis que no hay caballos colorados ni verdes, pero, el de Azucena, se había transformado al golpe suave de sus piernecitas delicadas por donde aleteaba la sangre maravillosa de la vida.

La gente se asomaba a las puertas y a las ventanas a verla volar. Los campesinos paraban el golpe de sus azadas y sonreían complacidos, acariciando sus barbas hirsutas. A los chicuelos se les fugaban los ojos tras la visión.

—¡Qué muchacha, es un encanto!

—¡Es un ángel!

—¡Es un hada!

—¡Es un amor!

Azucena se detenía en la empalizada de una cerca, en alto los remos delanteros de su cabalgadura y regalaba la miel de su sonrisa.

—¡Buenos días le dé Dios, misiá Mariquita!

—¡Buenos días, linda!

—¿Cómo están sus animalitos!

—¡Qué pregunta! ¿Cómo han de estar? Sanos y robustos.

Azucena se descolgaba de "Rubí" y entraba en el reino celeste agitando las mil burbujas de sus quince años. Tiraba de la cola a un cerdo por sentirlo chillar, pues le sonaban a música sus berridos.

—¡Qué patitos tan hermosos! ¡Y qué lindos los pavitos! ¿Cuándo le parió "La Pintada"?

—Anteayer, de madrugada.

Corrió, resbaló en la tierra, aplastó las flores silvestres con su tibio cuerpo de gacela y estuvo junto a la paciente vaca overa que mordisqueaba las hojas de los tréboles mientras el lustroso ternero la alivianaba de leche. Azucena, estremecida de emoción, ciñó el cuello de la cría.

—¡Tesorito! ¡Qué mirada más pura! —le oprimió el hocico con ambas manos—. ¡Y ya le apuntan los cachitos!

—Te la podís llevar cuando querai —dijo misiá Mariquita, con un dejo de gravedad en la voz.

—¿Es mía?

—¡Claro que sí. ¿Ya no te acordai que te dije que la segunda parición de "La Pintada" era tuya?

—Sí, me lo dijo, pero... no podría llevármelo...

—¿Por qué? Vamos a ver por qué.

—No podría. Me da pena. No podría quitarle un hijo a su madre —balbuceó entristecida.

—¿Es fuerza que te lo llevís ahora mismo? Espera a que crezca, primero.

—No, nunca —declaró ella con firmeza.

—¡Tontuela!

—¡Gracias, abuela María, gracias por su generosidad! —la abrazó, la besó en la frente, saltó a su caballo, y en menos tiempo del que se tarda en contarle era una exhalación de luz en el camino.

* * *

Un anfiteatro de piedra es, sin lugar a dudas, un grandioso escenario, y si ese anfiteatro es natural, mayor razón para sentirse sobrecogido de admiración ante la obra de Dios. Así lo comprendía Azucena. Por eso amaba los contrafuertes andinos, sus gigantescas mandíbulas de basalto, sus sillares, su dentadura de lobo carnicero, su profusión de torres góticas circundadas de bosques de granito.

Andrés, su padre, un suizo avecindado muchos años en Chile, buscó refugio en el faldeo de la montaña, para codearse con la cordillera, beber el aire transparente y azul, tocar los dedos de la nieve y su alfombra de armiño y liberarse de la pestilencia. En suma, para que su hija creciera con algo de cóndor y de gacela, que es la más alta expresión de la personalidad humana.

Azucena salía con su padre a recorrer esos predios magníficos, a regocijarse con el pinturero espectáculo de los atardeceres, a ver cómo sobre la harina de las horas cae el azul, el violeta, el rosado, el bermellón, el humo de pez, danzan serpientes de sombra en las pretinas de los faldeos, y un incansable decorador juega con el cielo, la tierra y sus criaturas.

En la estación invernal se transformaban en alpinistas, porque a Andrés le agradaba el peligro, la tempestad, la lucha con los elementos. El hombre marchaba adelante, alto, erguido, musculoso, el sombrero tirolés batiendo su fina pluma, abroquelando a la muchacha de cristal que jadeaba y sonreía, las mejillas de amapola y el cabello centelleante.

—¡Mira, mira, una liebre! —apuntaba ella.

—Sí, déjala. Está en su libre patria.

Las águilas inspeccionaban las quebradas, deslizándose igual que planeadores. Se recortaban a tijera en el cielo gris.

No faltaban los zorros ni las ardillas veloces. Cruzaban raudas las pieles finas del joyel mundano, la galería de animales que la codicia y la vanidad extermina lentamente.

—¡Qué maravilloso es todo esto! —exclamaba Azucena. Y era verdad. Aquí los barcos de nieve de hondo calado y su muestrario de peces en las grietas, allá fisonomías de granito pugnando por no perder el espectáculo y, orillando los abruptos senderos, una procesión interminable de árboles despelucados.

—¡Ya estamos cerca del bosque de eucaliptus! —anunciaba Andrés.

—Sí. Lo veo desde aquí.

La masa blanca parecía un templo griego, un partenón de infinitas columnas. Se podía pernoctar bajo su techo de ramas y de nieve, escuchando el rumor de muchedumbre de la naturaleza, el diálogo de la vida y de la muerte, las correrías de los escarabajos rojos y azules y la crueldad de las arañas negras de peludas patas.

Ella trañsonía su umbral de hojas crujientes con no disimulado temor y gritaba:

—¡Aló! —y el eco le iba contestando hasta apagarse: “¡Aló! ¡Aló! ¡Aló!”— ¡Aquí estoy yo, aquí, y me llamo Azucena!— y el eco le devolvía las cintas de sus palabras con su voz cavernosa de viejo huraño.

El padre trozaba ramas, encendía una fogata y la atmósfera adquiría un color familiar.

—¿Qué serás tú cuando seas grande? —preguntaba él.

—¿No lo has adivinado ya? —y se echaba a reír—. Me extraña, me extraña mucho, caballero. Una sola cosa: exploradora.

—Sí, serás una sola cosa —asentía seriamente él—, pero no exploradora.

—¿Qué?

—Mamá.

—Entonces, mamá y exploradora.

Andrés celebraba la respuesta con sonoras carcajadas y al bosque le molestaba esa risa irreverente. Los árboles rechinaban disgustados y, de buena gana, lo hubieran hecho callar con un golpe de sus ramas.

* * *

Una noche que velaban junto a los duendes y los fantasmas, y las llamas batían sus lenguas elásticas, sangrantes, cobrizas, ribeteadas de negro, escucharon un fino quejido que se les antojó humano.

Azucena se puso de pie.

—¿Has oído?

Su padre sondeó las sombras con las agudas puntas de sus pupilas azules.

—Silencio. No te muevas.

Ascendía un alarido tenue, de gozne sin aceitar, que el viento desastillaba.

El hombre y la niña avanzaron al encuentro de aquel llamado.

—¿Tienes miedo? —inquirió él.

—No. Apurémonos.

Las nubes se apiadaron de la oscuridad y un desgarrón plateado dejó al desnudo el disco de la luna, bruñido, impecable, moneda acuñada en los talleres siderales, con sus dibujos imprecisos que para algunos son jorobas de dromedarios y para otros escenas bíblicas. Aquel fanal descubrió la belleza de osario de los contrafuertes andinos, su blancura escalofriante.

El viento columpiaba la voz.

—¿Estamos cerca? —preguntó Azucena.

—Sí.

Cogidos de la vibración, persiguieron al lamento hasta encontrarlo. Azucena, temblando emocionada, se arrodilló ante un cuerpo palpitante, no más grande que un perrillo faldero, que la envolvía en una mirada temerosa, suplicante, mojada de lágrimas.

—Es un cachorro de huemul —informó su padre—. Está herido. ¡Bonito animal!

—¿Se pueden domesticar?

—Naturalmente.

El cervato echó al aire un alarido que saltó de peña en peña, pregonando su desolación, su angustia y sus ansias de vivir.

—¡Calla! ¡Calla! —lo reconvino amorosamente la muchacha—. ¡Nadie te hará sufrir! ¡Serás el regalón de la familia! —y envolviéndolo con cuidado en una gruesa bufanda de lana, lo condujo con suavidad maternal a su refugio.

* * *

El caserío montañés se dividía en dos sectores perfectamente definidos: en el alto los ricos y en el llano los pobres. Blancos, espejantes de ventanas, con sus cucurruchos de tejas apuntando al cielo, los *bungalows* de los propietarios acomodados. Y al ras de los faldeos, terrosas, enhollinadas, la ranchería de los humildes proletarios.

Las casas de la gente sin recursos económicos tiene su mismo semblante descompuesto y su haraposa presencia. Es la miseria. La miseria que pasa distribuyendo su inagotable reserva de fealdades, de resentimientos, de agrios rencores.

En cualquier lugar del planeta donde la fortuna se muestre pródiga con unos y avara con otros, no hay paz. Y no la había, por tanto, en ese rincón privilegiado de la naturaleza. Los pobres descargaban los látigos de su enojo contra aquellos muros enjalbegados, esos jardines primorosos, esa felicidad de la casa limpia y la despensa bien provista.

Esta es otra historia, No sé si vale la pena contarla. En todo caso, no podremos prescindir de los siguientes personajes vinculados directamente a nuestro relato: El Compale y La Tupí, un matrimonio borracho que habitaba la más destartada choza de latas viejas, acompañados por El Pasta, un muchachote rústico, cruel, membrudo, de cuadradas espaldas.

El trío se identificaba por su miseria, sus vicios y su rencor a "los de arriba". Se les revolvía la bilis ante la felicidad de "los gringos", que no disimulaban su bienestar, su salud y su alegría. A El Pasta le disgustaba especialmente la belleza de Azucena, que, con fiereza descastada, anhelaba mancillar. Con el rostro extraviado de voluptuosidad acechaba a la muchacha en los caminos y succionaba la fragancia de su cuerpo, copa perfecta donde él bebería su sangre pura como un torrente de vino tibio. ¡Ohhh!

* * *

Sus noches eran siniestras, opacas, bestiales. El Compale, tamborileando sobre la mesa, cantaba:

*La vida para qué,
Dios me daría,
la vida y el amor,
para quererte...*

—¡Huifa, rendija, la mama y la hija! —coreaba El Pasta aporreando la cubierta con sus manazas.

El rostro abotargado de La Tupí rojeaba en la oscuridad. El alcohol había transformado en piedra pómez su cara, pero el cuerpo aún conservaba restos de belleza.

Zumbaba el viento sobre la visera del tejado.

—¡Salud, Compale!

—¡Salud, cabro!

—La mía será boca de paco —rezongó La Tupí.

—¡Benaiga! ¡Lo que faltara! —y por la boca descalcificada de El Compale rodó el turbión sonoro de su risa de tinta—. ¡Sido único que no hay que negarle al cuerpo es el tintoco —y echaba a volar su canto de valles y pañuelos, de flores y sementeras, desahogo de indígena enamorado.

Cuando la intoxicación alcohólica convirtió sus ojos en dos moscas muertas flotando en el agua imprecisa de su cara, El Pasta le prepuso el crimen.

—¡Quiubo! ¿Qué decís? ¿Ah? —lo animaba.

El Compale retornó de su idiotéz y balanceó su cabeza asiática de izquierda a derecha.

—¡No! —articuló.

—¿Por qué?

—Por... que no quie... ro —se puso de pie, dió unos trancos de marioneta y rodó de bruces en el jergón. Su respiración dificultosa se desinflaba en silbidos de batracio.

* * *

La tercera o cuarta vez que El Pasta insistió sobre el asunto, pelearon.

—No contís conmigo para eso...

El muchacho rió sardónico.

—¡Soy un cobarde! —lo injurió.

—¿Yo cobarde? —se le encabritó la sangre.

—Sí, vos, vos —lo pinchaba el otro, torciendo su boca cínica.

El Compale se rascó la nuca, vaciló unos segundos y luego declaró sordamente:

—Haré lo que vos querai... menos tocar a la chiquilla.

—¿Estai enamorado de ella?

—¡No! ¡No! —gritó malhumorado—. No sé. No me preguntís.

El Pasta hinchó de aire sus pulmones.

—Bien —dijo—. Trato hecho —y se alejó haciendo un ruido raro con los labios.

Hurgaba pensamientos en su tosca cabeza desgredada. Abierto el cuello de la camisa, retorneados de músculos sus brazos, estrecho el pantalón, revolvía en su pereza un ovillo de culebras venenosas. Le crecían lenguas de fuego en las pupilas cuando divisaba a Azucena y recibió un pinchazo en el cerebro cuando la vió acariciar al cervato. “Ya te tengo! ¡Ya te tengo!” exclamó entusiasmado y abofeteó en el aire a enemigos invisibles.

* * *

Su orden fué cumplida al pie de la letra. Estaba escrito. Azucena dejó escapar un alarido de terror y de angustia cuando encontró a su “guachito” degollado. Yacía al pie de un durazno florecido, y su sangre coagulada, goma laca sobre el césped, copiaba un trozo de cielo.

¡Oh los hombres de instintos de hiena!

¡Oh los tumores cancerosos del corazón!

La muchacha vió oscurecerse el arco iris de su alma. Su desconsuelo no cabía en su pecho.

Los sentimientos son como las tempestades. Leves temblores del aire, alas de pájaros, vibraciones más intensas, remolinos, pronto ladridos de perros, más tarde jaurías, corceles desbocados, centauros, cíclopes, monstruos mitológicos, puños cósmicos desgajando bosques, aplastando casas, triturando al hombre, al niño, al anciano, a los animales domésticos como si fueran débiles pajitas.

La devastación, sí, la devastación que había soplado sobre el destino de Azucena.

Después El Pasta, para consumir su obra, se encargó de difundir que el victimario del huemul había sido El Compale, y descargó sobre su cuerpo desmirriado, nubarrones de intenso odio.

* * *

La muchacha cayó en un estado de anonadamiento sólo interrumpido por violentos accesos de furor. Le habían inoculado el virus maldito del odio y ya no volvería a gozar de los días esplendurosos y transparentes. No. Extenuada, desencantada, seco el manantial de su fe, la galvanizaba de tarde en tarde la presencia de El Compale, bailarín incansable que giraba con ritmo de hoja en un remolino, y el tranco de mula tozuda de La Tupí, enigmática, imperturbable, roja su cara de camarón en que velaban los vidrios de sus ojos de muerta que camina.

Azucena corría por la orilla de la verja y los insultaba batiendo los látigos de sus brazos.

—¡Asesinos! ¡Criminales! ¿Por qué mataron a mi "guachito"? ¿Por qué?

El Compale sonreía ausente, interrumpía por breves segundos su baile y, en seguida, proseguía su danza misteriosa que lo ponía en comunicación con quién sabe qué mundos de plenitud. ¡Extraordinario poder de sugestión de los borrachos!

Cierta vez, la única, El Compale estimó necesario responder a las recriminaciones de la chiquilla. Y lo hizo del siguiente modo:

—¡Es mejor que sufran el daño los animales y no los seres humanos!

La niña no penetró en el secreto de esas palabras. Su corazón despedía olor de ciénagas. Y aunque la primavera entró radiante, ella no pudo admirarla. Tendida a la sombra de los naranjos nupciales, hilaba un soliloquio fatal.

En ese instante, los perros ladraron en la reja de hierro de la entrada, y vió pasar a su padre, alto, espigado, reluciente las botas de montar, ardido el pelo de paja seca de los norteños helvéticos. Un runrún de élitros arañaba la puerta. De pronto oyó la voz alta y llena de Andrés:

—¡Azucena! ¡Ven! ¡Te conviene! Acércate, hijita.

Ella se incorporó desganada en la silla de lona.

—¡Corre! ¡Corre! ¡No te quedes ahí! ¡Yo te aseguro que te interesará! —y su diestra batía el aire igual que un remo que impulsa una barca.

Ella avanzó sin prisa.

—¡Contempla ese niño! —le espetó él cuando la tuvo a su lado—. ¡Lo regalan!

—¿A mí?

—A ti, a quien quiera recogerlo. ¿Verdad, buena mujer!

—Sí, caballero. Es muy triste para una madre desprenderse de su hijo —musitó—, ¿pero qué se hace cuando se es pobre? —las palabras se le despedazaron en sollozos y gruesas lágrimas alumbraron sus hundidas mejillas.

El infante flacucho, moreno, de ojos recelosos, tristes y acusadores, permanecía ajeno a su destino.

—Creo —dijo Andrés— que te haría muy bien un hermanito. Tú dirás. Es asunto tuyo. ¿Lo recibimos? Yo acato lo que tú dispongas —declaró inclinándose reverente.

—No lo quiero —respondió Azucena con voz firme, y retornó a su silla de reposo.

La mujer estrechó fuertemente su carga de amor.

—Si busco estas casas —se excusó—, es porque aquí a mi hijo no le faltará ni pan ni abrigo.

—Le ruego que nos perdone —suplicó Andrés, depositando algunas monedas en su mano, que la madre dejó caer como si le quemaran la epidermis.

—No, eso no —y continuó su camino.

Desgraciadamente no tuvo éxito. En el barrio alto rechazaron su regalo. Si hubiera sido gordo, rozagante y alegre, se lo habrían arrebatado, pero un niño flaco y enfermizo no inspira simpatías.

Por la tarde, desanduvo el camino, y, con su hijo en brazos, se internó por el torvo barrio proletario. Las casas la saludaban con sus palos torcidos y sus tabiquerías ladeadas. Perros canijos

le meneaban la cola. ¡Qué derrota! ¡Qué sensación de abandono! Pisos de tierra con pulguero sanguinario. Rostros desolados. Esa población era ella, con su juventud prematuramente destruída, con su cuerpo cansado, sucio, con sus harapos que exhibían su carne sin encantos.

Un sol pálido decoraba suavemente el cielo. Se sentó en una piedra. Debía irse. Cualquier habitante de esas covachas le habría recibido a su hijo, pero ella no quería a "cualquiera". Deseaba librarlo de la esclavitud de la miseria. Su corazón zapateaba herido. Nadie comprende a nadie. Somos huérfanos. Sus ojos se cuajaron de llanto. Fué en ese momento cuando escuchó la voz de El Compale que descendía la cuesta de su euforia:

* * *

*La lechuga en el huerto
tiene dos penas...
El viento la sacude
y el sol la quema...*

Danzó en círculo haciendo reír a los rapaces, estrechó la cintura de una venus imaginaria y casi cayó de bruces sobre la abstraída mujer:

—¡Flauta! ¡Avisa! ¿Todavía andai por aquí? Yo... ¡hip!... yo te hacía en el hospital.

—No he podido. Me muero, pero no he podido —acunó a su hijo en su regazo—. No tengo donde dejar a mi cría.

—¡Haberlo dicho! —exclamó riendo El Compale—. Se lo dejai a este huacho —y golpeóse el pecho con la diestra empuñada—. Pásalo para acá.

—¿Te quedarías con él? —indagó, incrédula, la mujer.

—¡Ave María Purísima! ¡Las cosas que preguntai! —y la risa se le convirtió en sarcasmo—. Yo... ¡hip!... yo lo cuidaría como si fuese su mesmo padre.

—¿Sí? Tómallo entonces —acomodó el bulto en los brazos del hombre—. Te lo regalo —se cubrió el rostro con las manos y echó a correr.

—¿Sí? —protestó El Compale—. Cuando te mejorís lo vienes a buscar.

La fugitiva respondió con voz deshecha de llanto, que coreaban los berridos impotentes del pequeñuelo:

—¡No volveré! ¡Tengo el pálpito que no volveré! ¡Es tuyo!

El Compale, desconcertado en el centro del corro de desharrapados bulliciosos, no acertaba a descifrar el enigma de aquel hijo caído del cielo. Estupefacto y silencioso caminó hasta su rancho.

* * *

De este modo, El Compale y La Tupí fueron padres, y demostraron que había hondas reservas de bondad en sus pechos. El niño ennobleció sus vidas miserables. Si de repente hubieran despertado millonarios, no se habrían sentido tan felices.

“¡El Compale está chocho!”, comentaba la gente. Y era verdad. Su existencia tenía un cauce, un objetivo. El matrimonio hacía proyectos y morigeró sus vicios. La gente alababa el milagro.

Una tarde que el hombre regresaba del cerro con su tesoro, envuelto en un amplio pañolón verde y adornado con un sombrero rojo, seguido de su paciente mujer que en vez de la habitual botella con vino llevaba una colmada de leche, Azucena que contemplaba la escena desde el umbral de su casa, sonrió por primera vez en mucho tiempo.

* * *

El Compale ya no transitó por los largos senderos culebreantes del embrutecimiento alcohólico, ya no patinó por la pista de su

inconsciente y falsa alegría de borracho. Se recogió en sí mismo como un caracol trasminado de calor y suavidades dentro de su divina espiral. Reflexionaba. Se detenía sonriente ante la tosca cuna del niño. Y el pequeñuelo moreno y magro, de ojos rasgados como él, le pagaba en las mismas monedas de ternura.

—¡Crecerás, hijo —lo animaba—, crecerás como un árbol frondoso y vengarás a tu viejo! Lo vengarás con una vida superior —y se sumergía en absurdas divagaciones. Desfilaba el poder, la salud, el lujo, el dinero, la sabiduría, el amor—. Tupí —llamaba—, escucha y piensa antes de responder, ¿qué quieres que sea tu hijo?

Ella meditaba un instante, se rascaba la cabezota, y respondía:

—¡Que sea cocinero! Es una profesión decente y se gana mucha plata.

—¡Ja, ja! —El Compale se atusaba los bigotes—. ¡Grandísima estúpida! ¡Ja, ja! ¡Con qué cocinero! ¿no?

—¡Bah! Un cocinero es una persona importante. Además, come de lo mejor. ¿Qué más querís?

—¿Cocinero de personajes, de gobernantes, de aristócratas? —interrogaba—. ¡Por las canillas del mono! ¿Y si él mismo será un personaje? ¿Ah? ¿Has visto tú a algún personaje en la cocina?

La Tupí se restregaba el pescuezo y le encontraba en cierto modo razón.

—No, vieja, no —cogía al niño y lo paseaba por el estrecho cuartucho—. Cuando un padre quiere a su hijo como yo quiero a mi "Pelusa", trabaja para él, lucha para él, lo educa, pone las cartas del triunfo en sus manos. Entonces el niño vence y se impone.

La cara de remolacha de la mujer se retorció en un gesto indefinible. "¿Se estará volviendo loco este hombre?"

Pero el "Pelusa" no tenía los huesos duros. Un día enfermó de caquexia, terrible mal. Rápidamente se desintegró hasta ser un alargado mosaico de osamentas forradas en negro pergamino, un filoso perfil de cerámica que cierta sombría madrugada se despidió de sus consternados padres con una mirada donde cabía todo el dolor y la gratitud de la arcilla percedera.

El pobre hombre gritó, lloró, y después se puso dramáticamente serio. Su rostro adquirió apariencia de roca. Limpió la cuna de madera y fabricándole una tapa la transformó en ataúd.

Cumplidas las formalidades de rigor, el velorio, las libaciones, la autorización para sepultarlo, a la tarde siguiente se echó el cajón al hombro y partió al cementerio cercano con numeroso acompañamiento de vecinos proletarios.

El ocaso exhibía sus corderos sacrificados.

Las frases de consolación rodaban monótonas, brotando más de la costumbre que del sentimiento.

El Compale penetró encorvado en el camposanto, llegó hasta el lugar donde el "Pelusa" dormiría su sueño de paz, cogió el ataúd sin aceptar la ayuda de nadie y lo colocó en el suelo con la suavidad de quien descarga cristales finos. Temblando, las alas rotas, dió una mirada circular de bestia herida y tropezó con la figura de imagen de Azucena que portaba un gran ramo de lirios blancos. La piedra de su rostro se descompuso, fulguraron los carbones de sus ojos y bramó:

—¿Qué haces tú aquí? ¡Lárgate! ¡Lárgate!

—Vengo a despedir a mi hermano —dijo Azucena dulcemente, avanzando sin miedo.

—¡Tu hermano! —comentó sarcástico El Compale, torciendo su boca de delgados labios.

—Mi hermano, sí —respondió ella sollozando—, el que no quise acoger en mi casa —y fué esparciendo las flores sobre la rústica urna. El crepúsculo asistió al oleaje de los pétalos.

—Tus hermanos son los animales, los huemules, los caballos, los perros —contestó él con amargura y desprecio.

—Eran. Ya no. Ya no.

—¿Es posible? ¿Cuéntame? ¿Cuéntame qué ha ocurrido? —cogió el rostro de la niña con ambas manos—. ¿No te acuerdas que yo maté a tu "guachito"? ¿No me insultabas cuando me veías pasar?

—Eso fué antes. Ahora te perdono, por él... —y cayó de rodillas al lado del cajón.

El Compale se cruzó de brazos y contempló las cumbres nevadas, el anfiteatro de piedra, el sol moribundo y experimentó la impresión de que él también había muerto y resucitaba en un mundo nuevo, sin egoísmo, sin tragedias, con el licor de la bondad colmando la copa de los espíritus.